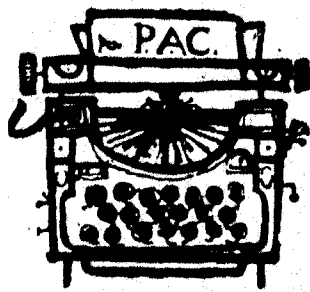


escrito a máquina

"Si non e vero, e ben trovato"

Carta de un escritor fracasado



Sr. Pablo Antonio Cuadra

Estimado Director:

Quiero exponerle a usted, como última instancia, mi caso personal de escritor fracasado. Perdona que le robe su tiempo, robo venial que lo cometo por desesperación y no por contagio del ambiente, como pudiera creerse. Trato de obtener de usted un consejo o, mejor todavía, una solución. Resulta que desde niño me picó el insecto trasmisor de la literatura. Ya en el colegio llenaba cuadernos con cuentos y relatos. Mi padre me envió a Estados Unidos con la secreta intención de curarme de este mal. Seguí en mis trece. Cursé el bachillerato y luego, en la Universidad, Humanidades. Para ganarme la vida comencé a escribir relatos de detectives y de misterios policíacos para "Black Book Detective" y para "The Shadow", revistas que usted debe conocer. Tuve éxito y gracias a ese éxito conocí al famoso Dashiell Hammett (el autor de "El Halcón Maltés") quien me guió, con cariño paternal, en lecturas y estudios que me permitieran ser un verdadero literato en el género policial. Me hizo profundizar en la admirable técnica narrativa y dialogal de Hemingway, en los recursos estilísticos de Faulkner, etc. y, además, a través de sus conversaciones, tuve la suerte de absorber su gran cultura en el género oyéndole sus implacables diseciones y críticas de las obras más notables de la literatura detectivesca y de misterio, desde Poe y Conan Doyle hasta Agatha Christie, Raymond Chandler o el francés Georges Simenon. Pronto me labré un nombre bajo el pseudónimo de DANIEL VANCE.

Inventé un detective privado especializado en la intriga política, Matt Muni —adelantándose a Watergate— que fue llevado a la televisión. (Me imagino lo que usted piensa: "se le salió el nicaraguense". Pero no. También en Washington se cuecen habas políticas).

No. Lo nicaraguense se me saltó de otro modo. Estudiando la literatura latinoamericana, me cuenta de la casi total ausencia de literatura policial entre nosotros. Yo, como escritor, quería realizarme en mi lengua. Me propuse (pérdome la vanidad) ser un pionero de ese género en español y crear una verdadera literatura de calidad a la altura de la que me habían enseñado a catar en inglés y en francés mi maestro Dashiell Hammett.

Para hacerla, naturalmente, tenía que ser sincero. Vivir nuestra realidad para de ahí extraer los elementos que conformarían y autenticarían mi obra. Hubiera sido ridículo, por ejemplo, que únicamente trasplantara o tradujera los ambientes policíacos y criminales de Estados Unidos, con sus tablas de valores, sus procedimientos, etcétera, a Nicaragua.

Humildemente, como es la obligación de un escritor, me dediqué a estudiar nuestro medio.

Pensé primero en crear un detective policíaco autodidacta, campechano, quijotesco. Hice un cuento con ese protagonista. Yo tengo la costumbre de leer mis cuentos a personas de los barrios, gente sencilla pero inteligente, taxistas, mujeres del mercado, cantineros, incluso maleantes. Con gran sorpresa mía los aspectos y situaciones que yo creía más logrados de mi relato les producían risa. Cuando yo les preguntaba, por ejemplo, por qué se reían cuando mi detective policíaco descubría un garito ilegal de juegos prohibidos y de prostitución, e informaba a sus superiores para que se diera una orden de cierre, mi público, riéndose me contestaba: "Ese policía es un inocente". Y otro agregaba: "Es más dundo que tío Coyote". En otra escena donde mi honesto detective policíaco tenía el carro de un alto funcionario que transportaba un contrabando, la risa fue mayor. Yo no veía el chiste, pero, insistiendo en mis lecturas y haciendo preguntas, fui comprendiendo que existía en sus mentes una extraña inversión de valores. El policía para ellos no es el que persigue la injusticia, sino el que la realiza. Generalmente, desde que comenzaba a leer mis cuentos, sus simpatías estaban con el perseguido. Cuando mi detective, a fuerza de inteligencia arrancaba al presunto criminal una declaración comprometedoramente,

oyentes comentaban: "Lo deben haber torturado". ¿Puede subsistir la dialéctica detectivesca en un mundo donde nadie cree que el culpable puede ser castigado ni que la justicia tenga algo que ver con la autoridad?.

La novela policiaca florece donde está bien demarcada la frontera entre ATROPELLO y DERECHO, entre victimario y víctima. La regla es la justicia (LA LEY), y por lo tanto, lo que se considera anormal, ilegal o asocial es lo que contraría a la justicia o viola la Ley. La persona es víctima cuando se comete una injusticia contra ella. La novela policiaca fue ideada para auxiliar a la víctima y ayudarla a encontrar justicia. PERO, como dice el escritor mexicano Carlos Monsiváis, lo anormal "no es que un latinoamericano resulte víctima, sino que pueda dejar de serlo". Entonces: si la autoridad deja de ser protección y regla (o Ley) para convertirse en opresión y arbitrariedad ¿A quién sirve la habilidad y el talento detectivescos? ¿A la justicia, o, por el contrario al perfeccionamiento de la opresión? ¿Puede haber público para una novela que, por ser policiaca, se pone de parte de la opresión? ¿No será esto lo que explica la no existencia de este género literario en Latinoamérica? ¿No explica esto mi fracaso como escritor?.

Comencé a dudar de mis facultades. ¿Soy yo el que fallo como novelista o es la realidad toda la que falla aquí?, me preguntaba. "Vea, me dijo un taxista muy filosófico; déjese de buscarle tres pies al gato. Al que tiene plata o poder nunca le pasa nada. Aquí sólo se averigua quién es el ladrón cuando es pobre. ¿Quiere que sus detectives se muevan bien? Haga una novela de intriga política. Allí sí. En veinticuatro horas echan preso al acusado.

Yo, inocente discípulo de Hammett, no entendí el consejo, y como tenía práctica en ese tipo de novela, avancé rápidamente en un nuevo relato en que mi detective, ahora privado, descubre una conspiración. Estaba muy satisfecho. Se lo leí a un grupo de amigos y, aunque usted no me crea señor Cuadra, al día siguiente en la mañana tenía a la Seguridad en mi casa, registrándome todos mis papeles. Me llevaron preso, me interrogaron varios encapuchados y a los diez días salí libre, tan ignorante de los motivos de mi detención como entré. Fue mi amigo el taxista el que me aclaró. "Algún oreja les soplo su cuento" — me dijo.

¿Qué me dice usted, señor Director? ¿Cuál es en todo este extraño enredo el verdadero cuento: el que yo escribí, el que inventó "el oreja"; o el que viví yo como personaje en esa prisión novelesca?.

Mi dolorosa experiencia me ha obligado a reflexionar y a preguntarme: ¿Será esta la verdadera novela detectivesca de nuestro país, no la construcción racional de la inteligencia lógica, que va paso a paso resolviendo un misterio criminal hasta que se hace justicia, sino la comedia de las equivocaciones y de las arbitrariedades en la cual nunca se sabe, ni siquiera al final, quién es el delincuente, si el perseguido o si el perseguidor?.

En las novelas policíacas de intriga política —estilo Watergate— cuesta horrores probar y comprobar la responsabilidad de un funcionario para lograr fulminarlo con un auto de prisión. Entre nosotros, (lo he comprobado con angustia) un líder obrero cae preso sin juicio y sale de la cárcel íseis meses después! todavía sin juicio. En cambio, tremendas malversaciones, abusos y peculados que harían sonrojar a Watergate no ameritan proceso. ¿Cuáles son, pues, las reglas del juego para la prisión y para la libertad? ¿Serán sus reglas como las de los juegos prohibidos que son prohibidos para que la autoridad pueda cobrar por permitirlos y que el cobro se cobre precisamente porque están prohibidos? ¿Qué puede hacer la inteligencia de un Sherlock Holmes ante esta "lógica"?

Esperando su respuesta y confiando que mi carta no me traerá nuevas complicaciones del género policíaco, me es grato agradecerle su atención y firmarme discretamente cubierto por mi pseudónimo profesional.

DANIEL VANCE